

EDITORIAL

Sobre la pertinencia de los estudios culturales en tiempo de coyunturas

Francisco Ardiles¹

Universidad Federal de Río Grande, Río Grande, Brasil

Sabemos que los principios teóricos fundacionales de los estudios culturales se gestaron entre las décadas del 60 y 80, en un contexto político que, hasta ese momento, quizás por ingenuidad y falta de sentido común político e histórico –sobre todo eso, histórico–, creíamos superado. Me refiero a la Guerra Fría, la lucha de las organizaciones independientes por los derechos civiles, los movimientos antirracistas y lo que, de acuerdo a Eric Hobsbawm, representa la gran revolución cultural del siglo XX, el feminismo.

Desde entonces, todo cambió, o se fue transformando (no sé decirlo porque, en realidad, no sé cómo ocurrieron las cosas). Los cambios que se produjeron fueron tan drásticos que, en verdad, haría falta más tiempo para analizarlos con cierto nivel de entendimiento. Por eso, la vigencia de los estudios culturales debería fundamentarse en la capacidad que han tenido de contar e intentar explicar lo que está aconteciendo en el marco de ciertas prácticas sociales y culturales periféricas, usando los mejores recursos y conceptos teóricos disponibles porque, es innegable, que no dejan de surgir fenómenos culturales que superan los cálculos de la imaginación más osada, en medio de un proceso paulatino de globalización de la información massmediática, la economía capitalista y la cultura de masas.

El impacto del desarrollo y la capacidad de influencia que han tenido estos tres elementos modificaron las prácticas sociales y la manera de vivir y de relacionarnos entre nosotros como nunca antes en la historia de la humanidad. Justamente, por la implicancia de estas transformaciones, los estudios culturales han tenido que responder a las demandas de los nuevos tiempos, aprovechándose de manifestaciones ya estudiadas o existentes, adaptándolas a un contexto de fenómenos culturales insurgentes, cargados de elementos contraculturales y contradictorios, y cuidando de salvaguardar el principio más importante de estos estudios: la complejidad. Esto porque los estudios culturales surgieron de la tentativa de aprender a pensar la vida social y la condición humana en función de la complejidad, rechazando cualquier forma de pensamiento basada en la universalidad y el reduccionismo (como las identidades nacionales).

En tal sentido, son varias las razones por las cuales la construcción de las identidades nacionales se ha ido sustituyendo a nivel global. Una de ellas es la cuestión de las identidades de género, a la que, además, se asocian el movimiento LGBT y la condición *queer*. Junto a estas razones, tenemos la problemática de la crisis climática, la lucha contra el avance de la “ultraderecha” o las migraciones. Ante estos asuntos, no hay duda de que la realidad social ha sido modificada, trastocada, por un imaginario “identitarista” –que no identitario– que ha ido cambiando la dinámica política y cultural de los últimos veinte años. Desde sus orígenes, los estudios culturales fijaron su atención en ciertas cuestiones de etnia, clase, género y cultura, con el objetivo de abordar los problemas sociales que se desprendían de esos tópicos de estudio. Hoy en día, nadie se pregunta si es o no latinoamericano; la cuestión pasa por otros referentes de identidad.

¹ Poeta, traductor, editor, investigador y profesor universitario de lengua española y literatura. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Literatura Venezolana y Doctor en Ciencias Sociales mención Estudios Culturales por la Universidad de Carabobo. Identificador ORCID: 0000-0001-7154-0053.

La globalización también trajo consigo otros asuntos más restringidos a la problemática que asumen para sí ciertas minorías culturales, y ha provocado un tipo de desarraigo de los segmentos económicos y culturales respecto de las sociedades nacionales, lo que ha dejado aún más marginados e invisibilizados que antes a todos esos grupos sociales más pobres y apartados del mundo postcapitalista moderno. Ante este panorama tan –digamos– esterilizado y compartimentado, habría que ser prudentes para no caer en cualquier forma de reduccionismo, porque se trata de coyunturas específicas, asociadas a las circunstancias de vida e intereses de ciertos grupos sociales bien definidos, formas de existencia y convivencia en las que se reconocen ciertas maneras de relacionar que son, a veces, contradictorias.

Los estudios culturales siempre han girado en torno a la cuestión del margen, para enfocarse en estudiar aquello que ocurre en las orillas sociales. Sin embargo, en el contexto de esas periferias sociales, cuyos habitantes trabajan jornadas diarias de ocho horas y semanales de 40, enfrentando los pesares de la cotidianidad, la lucha de clases parece haber quedado en el pasado, como si la hubiésemos superado. Por eso vemos que, en ciudades como San Pablo, Buenos Aires, Ciudad de México, Nueva York, París, Tokio, Berlín, Roma, Caracas y Lima, los movimientos sociales se han distanciado tanto de la dura realidad que prevalece en sus periferias urbanas que, hoy en día, parecen desconocerse mutuamente. Ya nadie marcha por la precarización del trabajo doméstico, los repartidores de comida en bicicleta, los choferes de aplicaciones de transporte urbano, los peluqueros a domicilio ni las trabajadoras sexuales, ni por los migrantes sin seguridad social que se agolpan en las periferias urbanas. En cambio, las protestas y debates públicos se centran en las declaraciones homofóbicas y retardatarias del presidente de Argentina en Davos, mientras que todavía hay más de dos mil millones de personas sin acceso al agua potable en el tercer mundo, y millones de refugiados que deambulan por la frontera entre Estados Unidos y México en busca de un permiso de residencia. Esos asuntos fundamentales perdieron legitimidad y resulta sorprendente constatarlo: es como si el mundo hubiese asumido que ya superó esas problemáticas estructurales.

Los estudios culturales surgieron hace más de medio siglo en Inglaterra con el objetivo fundacional de reformular el sentido singular y unilineal de los conceptos de civilización y cultura, y asociarlos a un modelo más pluralista que encarnase la diversidad de la vida moderna e incluyera todas aquellas prácticas de comunicación, lenguaje y arte que habían sido consideradas expresiones marginales y periféricas, por ser derivadas de procesos sociales secundarios e intrascendentes. Desde entonces, el objetivo ha sido investigar aquellos procesos reales y complejos mediante los cuales una “cultura”, cualquiera que sea, o una “ideología”, cualquier también, manifiestan sus formas de expresión y la producción de sus fenómenos materiales e inmateriales. Es decir, los estudios culturales mantienen su vigencia porque continúan analizando las prácticas y relaciones sociales que se producen, no solo en el contexto social de una cultura o una ideología, sino también en aquellos estados y obras que se reproducen en la vida social.

Estudiar las formas artísticas específicas y los procesos de reproducción cultural y social de los que surgieron esas formas fue su objetivo inicial. Otro de sus propósitos fue profundizar en los problemas generales y específicos de la organización cultural, así como los sistemas significantes presentes en los tipos especiales de formación social. Hace algunos años, Renato Ortiz afirmaba que era imposible entender el proceso de mundialización de la cultura como una homogeneización de los gustos, hábitos culturales, prácticas sociales, preocupaciones y causas de lucha. Sostuvo que era poco probable, o casi inimaginable, que llegásemos a vivir una realidad unidimensional. Sin embargo, a la luz de los tiempos actuales, considero que en ese detalle tan particular se equivocó.

En el contexto latinoamericanista, autores como Martín Barbero consideraban que, para entender los fenómenos culturales en esta parte del mundo, era necesario pensar América Latina a partir de la economía política; es decir, desde la perspectiva de una política que se enlazara con la economía siguiendo a Marx y que se enfocara en la cultura y sus manifestaciones. Ahí, en ese foco, se irían a configurar los estudios culturales porque se basarían, precisamente, en la tentativa de eso: juntar cultura y política, en, según sus propias palabras, arañar lo social y lo político desde y en lo cultural.

Tomando en cuenta estas raíces y objetivos fundacionales, decidimos dedicarle este número a ciertas formas de escritura que se han ido dando al margen de las preceptivas tradicionales. Formas de escritura y de expresión plástica y visual que se han ido expresando a partir de su singularidad experimental, su irrelevancia y su meta-interdisciplinariedad. Esto significa que han brotado en las ranuras intersticiales de las formaciones interdisciplinarias y transdisciplinarias del siglo pasado, a partir de una serie de coyunturas sociales, aquellas que en un principio dieron origen a los estudios culturales.

Sabemos que cuando mencionamos el término coyuntura nos referimos a un concepto que proviene de las ciencias sociales y que fue adoptado posteriormente por los estudios culturales. Este término se refiere a aquellos fenómenos que se develan en un momento histórico determinado, como un evento ocasional que se manifiesta en oposición a determinadas formas estructurales y orgánicas, en un espacio y momento ubicados entre situaciones específicas. Una situación en la cual ocurre una lucha entre una vieja y una nueva realidad. Por tanto, más que un evento en desarrollo, la coyuntura es algo que comienza a surgir de manera irrevocable. Pero eso no es lo importante; lo relevante de las coyunturas es que de ellas se desprenden discursividades, formas de escribir, de componer expresiones estéticas y comportamientos. Surgen tendencias y formas experimentales, transgenéricas, que no son más que la manifestación de una crisis orgánica y coyuntural, constituida por la articulación de múltiples crisis materiales, discursivas y fenomenológicas que, a su vez, tienen sus propias formas de expresión.

Es por esa razón que nos pareció interesante elegir una serie de textos, escritos casi todos por mujeres, en los que se reflexiona sobre algunas de esas discursividades que se desprenden de ciertas coyunturas, de una realidad emergente, producto de una crisis orgánica que, colateralmente, ha generado una serie de construcciones narrativas y estéticas, que son producto de la crisis de un sistema de representaciones políticas, intelectuales y culturales que opera y se manifiesta en todos los niveles de la comunicación humana, con una lógica fractal.

El número comienza con un texto sobre el sentido que le ponemos al nombre de las cosas, cómo adaptamos nuestras sensaciones y problemas no definidos al nombre que les encontramos y al sistema imaginario asociado a ese sistema de sentido. Luego, pasa por una relectura del epistolario formado por una serie de cartas que intercambiaron entre sí Sigmund Freud y la irresistible Lou Andreas-Salomé, en una especie de espiral erótica sublimada por la atracción intelectual. Posteriormente, transita por el estilo expresionista del pintor venezolano Félix Royett y su mirada en tiempos de pandemia, sus temores, su angustia inmanente arrojada hacia el afuera, hacia la existencia encarnada en sus sublimes figuras circundadas por la muerte y el desasosiego. De ahí, pasa a la escritura fragmentaria, reconocida en la estrategia discursiva de ciertos autores asociados a las vanguardias experimentalistas de América Latina. Después, se asoma a los albores de la modernidad argentina para revisar la columna «Bocetos femeninos» de la poeta Alfonsina Storni en *La Nación*, con el fin de estudiar y evidenciar algunas formas de enmascaramiento de la cultura patriarcal. Le sigue una reflexión sobre el cine moderno, que ha dejado atrás el

tradicional *happy ending* para convertirse en un espejo de la decadencia humana y el placer de odiar, mostrando cómo la tragedia y el sufrimiento ajeno son una vía para comprender las pulsiones sociales de nuestro tiempo. Al final, el volumen cierra con dos artículos dedicados a las poéticas del presente. El primero se centra en una propuesta dual e indeslindable que deriva de la interacción entre poesía y fotografía, y abre las puertas a la memoria traumática de un país que tiende a resonar sin centro. El segundo se presenta como la respuesta de la dignidad lastimada de un poeta ante un desastre político, como la crítica descarnada de un hombre o un murciélago que sabe que solo la germinación del silencio tiene sentido.

Ante este abanico que se ha ido abriendo, intentamos evidenciar la escritura que refracta algunos fenómenos de transformación que exigen ser interpretados y redefinidos. Procuramos abordar las claves de la escritura coyuntural de un presente que se manifiesta en una discursividad heterogénea, descentrada, hecha con un lenguaje de fragmentos, pedazos, irrupciones y rupturas. Además, buscamos especificar las claves del presente de una atmósfera cultural inconsistente, movable, separada de la cuestión social y marcada, atravesada por los afectos, por los vestigios de cierto cansancio, de un decir elusivo que la atraviesa. Nos referimos a las variables de una discursividad que no tiene nada que ver con la preocupación secular por aquello que alguna vez llamamos cultura, sin el más mínimo atisbo de duda.